



Cuentos de la Dragonlance • Volumen 6

La Guerra de la Lanza

Edición de Margaret Weis y Tracy Hickman



La Guerra de la Lanza...Krynn se ve desgarrado por el terrible conflicto que enfrenta a los esbirros de Takhisis, Reina de la Oscuridad, con los seguidores de Paladine y los dioses del Bien.

Los dragones, buenos y malos, chocan en los cielos y un pequeño grupo de amigos, que llegarán a ser conocidos como los Héroes de la Lanza, luchan por el honor y la libertad.

Cuentos de la Dragonlance recoge diversas historias que ocurrieron en Krynn durante los años de la guerra. Cierra el libro una auténtica exclusiva de Margaret weis y Tracy Hickman, «La historia que Tasslehoff prometió no contar nunca, nunca, nunca».

Prólogo

La Reina de la Oscuridad busca el modo de volver a entrar en el mundo. Sus esbirros se han hecho fuertes y poderosos una vez más. Los dragones regresan a Krynn mientras la guerra se generaliza en el continente. Es preciso que todos hagan frente al Mal. Algunos salen victoriosos del desafío. Otros caen. Pero cada uno de ellos, hombre o mujer, es, a su modo, un héroe.

Michael Williams profundiza en el alma torturada del rey de Silvanesti en el poema épico «Lorac».

«Raistlin y el Caballero de Solamnia», de Margaret Weis y Tracy Hickman, nos cuenta cómo el joven mago ayuda a un inflexible caballero a aprender una dura lección.

Roger Moore escribe sobre la venganza de un espectro en «El regreso».

Mara, reina de los ladrones, entra furtivamente en el Monte Noimporta buscando las «Máquinas de guerra» de Nick O'Donohoe.

Dan Parkinson continúa con las aventuras y desventuras de los intrépidos enanos gullys del clan Bulp en su búsqueda de «El Sitio Prometido».

Jeff Grubb relata la historia de un gnomo en «El héroe mecánico». (Cuidado, No digáis después que no os lo advertimos).

«El lobo de la noche» de Nancy Varian Berberick, es un relato de tres amigos que comparten un secreto oscuro y mortífero.

El cuento «Los vendedores de pócimas», de Mark Anthony, es una píldora amarga que sus protagonistas deben tragarse cuando la gente menos indicada cree que sus «curatodo» funcionan de verdad.

Richard A. Knaak escribe la historia de un perverso clérigo de Chemosh que intenta recuperar unos espantosos artefactos mágicos del fondo del Mar Sangriento en «La mano que provee».

Foryh Teel, valeroso escriba de Astinus, vuelve para presentarnos un interesante informe sobre «La campaña de Vingaard», de Douglas Niles.

Y, por último, Tasslehoff Burrfoot relata a sus buenos amigos, Margaret Weis y Tracy Hickman, «La historia que Tasslehoff prometió no contar nunca, nunca, nunca».

Esperamos que disfrutéis tanto como nosotros con este regreso a Krynn. Gracias a todos por vuestro apoyo. Sois quienes habéis hecho posible este regreso, y estamos impacientes por volver a viajar con vosotros en el futuro.

Margaret Weis y Tracy Hickman

Lorac

Michael Williams

I

El mundo de la mente
es un bosque sin sendas,
es una noche intrincada
de intenso verdor,
donde lo mejor y lo peor
se entremezclan y se dispersan
como una luz distante
en la faceta de una esmeralda,
como una chispa en el seno
de los mares rendidos.

Y, sí, siempre es así,
pues en ese mundo ronda el fantasma
de antiguas suposiciones,
y, sin que importen las historias,
sin que importen los rumores
de leyenda y magia
que te iluminan a través
de la cortina de años,
enredado en la maraña de tu yo

acabas por creer
que la historia se trenza
en las venas de tus dedos,
que teje todo propósito,
todo perdón e injuria,
que recupera la sangre
consumida y verosímil,
hasta que, finalmente, en un acto de fe,
inventas la historia
basándote en los rumores,
en el viejo meandro
de aliento y olvido,
y entonces dirás,
más allá de verdad y fe:
*esto es lo que significa,
lo que significó siempre,
desde el principio del mundo
y hasta el fin de los tiempos.
Lo que ya sabía. Nada más.*

Tal vez era amor
en las torres del pensamiento,
en las guaridas de la Alta Hechicería,
en la elevada doctrina
de luna, conjuro y convergencia;
donde los dragones se dispersaban
y el Príncipe de los Sacerdotes se cernía
sobre los ciegos tumultos
de dogma y fanatismo.

Tal vez era amor
en el radio del aliento,
en el bosque de cristal
donde el pensamiento se canalizaba
por cinco países evanescentes,
forjando las cinco joyas
en Istar, en Wayreth,
en la encumbrada Palanthas.

Tal vez era amor,
aunque más probablemente era reflexión,
en las dos torres desaparecidas,
mientras las joyas conflictivas
se reducían a cuatro, y después a tres;
tres, como las lunas
que giran en una órbita fracturada,
y las torres de Istar
y los chapiteles de Palanthas
se sacudieron con los ecos
del lenguaje olvidado,
huecos y fríos
con antiguas despedidas,
mientras las arañas caminaban
en lo alto de sus torreones,
y la polilla y el orín
corrompían el sueño de los días.

II

Pero antes de que las torres
cayeran en el abandono,
antes del fuego
y del incienso de la destrucción,
cuando la Torre de Istar
florecía con la magia
y el conocimiento duradero,
los parapetos brillaron
en las reflexiones solitarias
de Lorac Caladon,
Orador de las Estrellas.

Desasosegado en Silvanost,
atraído por una fría luz,
por el intrincado bosque de la magia,

llegó al norte,
a la reluciente Istar
donde las pruebas de la Alta Hechicería
aguardaban su juicio,
sus matemáticas determinadas,
y, pasada la primera prueba
y la segunda superada,
se irguió, satisfecho,
en lo alto de los parapetos,
bajo una luz vacilante y estriada,
la jactancia de su intelecto
por encima de la esfera de la ciudad,
donde la verde luminiscencia
del Orbe amenazado
lo llamaba desde el corazón de la Torre.

En el bosque sin sendas,
al final de los siglos,
oiría la canción
mientras pasaba de pensamiento
a recuerdo facetado,
cantando, cantando eternamente:

*Después de la segunda
no hay otra.*

*Oh, las pruebas quedaron atrás,
Orador de las Estrellas,
y el canto del Orbe
es el canto de tu mente
en esta vetusta torre
vacía y si amor
por las largas despedidas.*

*Oh, las pruebas quedaron atrás,
Orador de las Estrellas,
pero reposaré aquí,
dijo el Orbe, reluciendo,
mientras la historia se repliega
entre estos muros ostentosos*

*en tanto que la Torre se derrumba
y con ella la mente,
los primeros baluartes encumbrados,
la casa de los dioses;
pero reposaré aquí,
mientras los bosques se agostan
y las llanuras se someten
al invierno y a la nada
a menos que el canto de tu mente,
que lo es todo, que es el mundo,
controle y domine
y desentrañe el misterio.
Llévame a Silvanost,
Orador de las Estrellas;
llévame a la libertad,
al país de verdor sobre verdor.
Tal vez era amor
en el corazón del cristal,
en la luz refractada
y seductora,
amor que encuentra amor en su dilatada fe,
en inhumanas matemáticas,
en la establecida parábola
de las equidistantes lunas,
pero allí, en la Torre,
convergiéron seis fundamentos:
la mano del profeta,
el abrigado corazón de su voluntad,
el parapetado pensamiento,
el conjurador cristal,
y, siempre, el devastador instante
en que todos ellos se sitúan
en infausta alineación
con el sexto, el Orbe,
que llevó consigo,
como un corazón en su mano,*

como una luz parpadeante,
como una tea
que encendió Silvanost
en días contados.

Les llevo fuego,
se dijo a sí mismo,
les llevo luz
a la historia de los antiguos dioses.
Soy el primero;
los salvaré
en una tierra renacida,
los salvaré,
y el viejo mundo girará y se alejará
rechazado por mi mano orientadora.
Así dijo para sus adentros,
y el horizonte informe
se tiñó de intenso verdor
sobre verdor
mientras Silvanesti surgía
de su último sueño,
tangible, fraccionado con la luz.

III

Y, más allá de los bosques,
el mundo se desplomó;
una montaña de fuego
se estrelló como un cometa
sobre la fastuosa Istar,
sobre la infinita urbe,
y la Torre, desguarecida y desalojada,
se quebró como un tallo seco
en medio de las llamas devastadoras;
y más allá de los valles

las cordilleras estallaron,
los océanos se derramaron para siempre
en las tumbas de montañas;
los desiertos suspiraron
sobre el abandonado lecho de los mares,
y las calzadas de Krynn se transformaron
en las sendas de los muertos.

Y, mientras el granizo y el fuego
se precipitaban sobre la tierra
en un diluvio de sangre,
incendiando árboles y hierba,
mientras ardían montañas,
mientras el mar se tornaba sangre,
mientras el firmamento se desbarataba
sobre y bajo nosotros,
mientras langostas y escorpiones
recorrían la faz del planeta,
Silvanost flotaba en islas de pensamiento,
un inmaculado recuerdo
techado con nube y ensueño,
eximido del fuego
y de la devastación de terremotos;
y de torre a torre,
desde la Torre de la Alta Hechicería
hasta la Torre de las Estrellas,
razonando sin lucidez, Lorac imaginó
un sueño imposible de salvación,
un país en trueque con la magia,
renacido en su mente
a un paraíso ganado
con investigación y estudio.

Y así apareció en el Orbe,
en las horas de vigilia,
en el impetuoso y secreto
anhelo de conocimiento,
mientras la esfera quedaba oculta,

perdida para el mundo,
sepultada durante siglos
en la Torre de las Estrellas,
en la torre ancestral
de los Oradores, en Silvanost.

En tanto que el continente ardía
y las gentes de Qualinost
vagaban entre las cenizas
y la oscuridad exterior,
Silvanost flotaba
en su límite visual,
absorta y gloriosa,
en el límite de sus sueños.
Lorac observaba desde la Torre de las Estrellas,
desde el núcleo del cristal,
contemplando la faz
del mundo devastado
como si fuera un rumor de la historia
que empezaba a olvidar,
perdido en el enrevesado
laberinto del Orbe.

Pero, a menudo, por la noche,
cuando los sentidos titubeaban
y el perfeccionado país
se alteraba y retorció,
la forma del sueño
era el reflejo del Orador;
los árboles apartados
eran nidos de dagas;
los arroyos, negros y viscosos
bajo la luna silenciosa,
que lloraba la ausencia del día
y la feroz definición
de la luz del sol y el conocimiento,
donde árboles y ciudades
eran contados y nombrados,

y siempre, con implacable
decisión y propósito,
lejos de la maraña
de pesadillas, la sombra
y la trama del bosque
que batallaban con la luz
en los sueños de Lorac,
invadiendo el día
con el brillo del pedernal,
trastocando el pálido
y anónimo sol.

IV

Entonces, en el norte,
se alzó un mal
en el cielo encapotado de nubes,
pues los Señores de los Dragones
enviaron espada y mensajero,
tea y espada
a la Torre de las Estrellas,
al extasiado Silvanesti,
a los menguantes pabellones
de los oídos del rey elfo,
prometiendo paz
y el refugio del bosque
a la disonancia de ejércitos,
prometiendo la libertad de Silvanost
a cambio de la promesa
de silencio, inacción,
por una inclinación de cabeza
ante el Trono Verde.

Y Lorac aceptó,
sus ojos en el encapuchado Orbe,
donde el silencio milagroso
prometía una bendición de lanzas,

un final a toda promesa,
y los dragones en verano.

Y así, Silvanesti
fue despojada de plata,
despojada de vidas,
y del largo sueño de sangre
de sus últimos habitantes
mientras subían en los botes,
en los esquifes, en las dornas,
a la aventura en un agua
tan turbia como oráculos,
y los Patrulleros del Bosque lucharon
en la estela del río,
donde su último aliento ondeó
en las velas desplegadas.

Alhana Starbreeze, la hija del Orador,
se encontraba al timón
en la plateada travesía
mientras bogaban hacia el sur
por la Ruta de Astralas,
por el recuerdo del bardo,
por las corrientes giratorias de la historia;
y Lorac, a sus espaldas,
ordenó a los soldados
que abandonaran la tierra desenmarañada
en el último barco,
pues allí, en la oscuridad,
llamaba el bosque, llamaba Silvanost,
los olmos y las coníferas,
coreando como ruiseñores,
cantando esta canción
a su oído atento:

*Después de la última
no hay otra.*

*Oh, las pruebas quedaron atrás,
Orador de las Estrellas,*

*y el canto del Orbe
es el canto de tu mente
en esta vetusta torre
vacía y sin amor
por las largas despedidas.
Oh, las pruebas quedaron atrás,
Orador de las Estrellas,
pero reposare aquí
mientras la historia se repliega
entre estos muros ostentosos
en tanto que la Torre se derrumba
y con ella la mente,
los primeros baluartes encumbrados,
la casa de los dioses;
pero reposaré aquí
mientras los bosques se agostan
y las llanuras se someten
al invierno y a la nada
a menos que el canto de tu mente,
que lo es todo, que es el mundo,
controle y domine
y desentrañe el misterio.
Consérvame en Silvanost,
Orador de las Estrellas,
consérvame en libertad,
en el país de verdor sobre verdor.*

Reposó en las cámaras,
incógnito en estrellas,
y sobre él la Torre
y un laberinto de leyendas,
y la libertad prometida
en su núcleo cristalino
era un hielo verde magnético,
flama de la voz distante.